

Un cuento recuperado de Jorge Ferretis

A partir del siglo XIX la literatura mexicana se enfrasca en una agria y pertinaz batalla entre dos posturas cuyo antagonismo se desdibuja, en ocasiones, cuando ambos bandos se percatan de que en realidad poseen una meta común: la identidad. Esos bandos beligerantes son el nacionalismo, por un lado, y el universalismo, por el otro. La pregunta inicial es ¿cómo dotar a la literatura mexicana de un certificado de autenticidad en el marco de la literatura universal? Los nacionalistas responden a esta pregunta desde la defensa feroz de las raíces y el espíritu nacionales; mientras que los grupos de avanzada, tanto en el siglo XIX como en el XX, proponen la búsqueda del timbre nacional en el contexto universal. Ser diferente no consiste, para ellos, en el ejercicio de un folklorismo a ultranza, sino en el espíritu con el cual se enfrenten los grandes temas que mueven al mundo. Distinguirse en lo particular y significarse entre iguales parece ser el meollo de la cuestión.

Desde José Joaquín Fernández de Lizardi, los tipos y personajes de época desfilan por las páginas literarias; lenguajes y actitudes definen los rasgos de una sociedad disímbola y plural que en la pintura encuentra también una vía de definición alterna.

Ya en la República Restaurada la musa callejera de Prieto, los bandidos de Riva Palacio, los bailes de Cuéllar o el héroe de Inclán contribuyen sensiblemente al enriquecimiento de esta galería de personajes cuya autoctonía es su mayor orgullo. Los modernistas por su parte intentan a finales del siglo XIX y la primera década del XX, enriquecer las perspectivas del realismo y aun del naturalismo europeos con ejemplos tales como la Magda de *Por donde se sube al cielo* de Gutiérrez Nájera y el bachiller de Amado Nervo.

La Revolución Mexicana aporta una nueva veta al crecimiento de esta galería de hombres y mujeres de la tierra, fieles a su geografía y a su tradición. Mientras que el famoso "grupo sin grupo" de

los Contemporáneos incurre en una narrativa dotada de lirismo donde el interés fundamental se sitúa en el plano de la ensoñación.

El medio siglo vería finalmente el punto de unión virtual de las paralelas con la narrativa de Juan Rulfo. Sus personajes, tan mexicanos y tan universales al mismo tiempo se han convertido en fantasmas de carne y hueso, espectros parlantes de un mundo que ha servido de punto de partida para escritores de otras latitudes porque precisamente es el suyo un espacio totalitario donde una voz netamente mexicana vibra en una tesitura universal.

Jorge Ferretis, autor nacido en Río Verde, San Luis Potosí (1902-1962) se inscribe por voluntad propia y se expresa en esta corriente de tipos y costumbres netamente nacionales: “a los topos les nacen alas y se van” decía en el prólogo de *Cuando engorda el Quijote*.¹ Esos topos a los que se refiere Ferretis, nuevos Ícaros que orientan sus ojos ciegos al sol, pretenden alcanzar altura a partir, precisamente, de su modesta pequeñez, de su simplicidad sin barroquismos, de su veracidad sin subterfugios.

Ferretis pertenece a la segunda generación de novelistas de la Revolución. La recepción de su obra no ha sido, sin embargo, muy afortunada: su primera novela —que no desmerece ciertamente en el balance de la novelística del género—, *Tierra caliente*,² no fue incluida en el corpus preparado por Aguilar de la novela de la Revolución;³ Christopher Domínguez tampoco le concede un sitio en su antología: *Narrativa mexicana del siglo xx*⁴ en el apartado de “épica menor” en el que sí figuran Urquizo y Campobello; con esta última Ferretis comparte, sin duda, aciertos tanto en recursos narrativos como en tratamiento de personajes. Mauricio Magdaleno acierta cuando dice que “en su arte sutil, hecho de síntesis, alcanzó la elocuencia de la parábola”.

¹ *Cuando engorda el Quijote*. México: México Nuevo, 1937.

² *Tierra caliente. Los que sólo saben pensar*. Madrid: Espasa-Calpe, 1935.

³ *La novela de la Revolución Mexicana*. Selección, introducción general, cronología histórica, prólogo, censo de personajes, índice de lugares y bibliografía por Antonio Castro Leal. 2 vols. México: Aguilar, 1960.

⁴ *Antología de la narrativa mexicana del siglo xx*. 2 vols. Selección, introducción y notas de Christopher Domínguez Michel. Letras Mexicanas. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Seymour Menton ve con perspicacia que la generación de Ferretis vive la Revolución desde la óptica de su infancia y su adolescencia lo que le confiere una visión más vivaz y menos intelectualizada del conflicto armado.⁵ Por lo que respecta al lenguaje observa el estudioso norteamericano que en el estilo empleado por Ferretis contrastan las imágenes poéticas insertas en medio de descripciones tocadas por un crudo realismo; su cualidad fundamental es la sinceridad con la que crea a sus personajes; el análisis que Menton hace de "Hombres en tempestad" permite asegurar que bajo la simplicidad anecdótica subyace un entramado profundamente inteligente que combina párrafos de absoluta austeridad con otros plenos de imágenes; descripciones certeras, breves, definitivas definen tanto las circunstancias como a los personajes demostrando así que el léxico empleado nada tiene de fortuito y obedece en realidad a un plan trazado con la conciencia de que cada símil y cada adjetivo habrán de dar al personaje una condición y una cualidad específicas.

Además de *Tierra caliente* y *Cuando engorda el Quijote* Ferretis es autor de otras dos novelas: *El sur quema* y *San automóvil*.⁶ Sus cuentos fueron recogidos en tres volúmenes: *Hombres en tempestad*, publicado originalmente por la editorial Cima en 1941 y considerado para su reedición por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en su colección Letras Mexicanas, Tercera Serie en 1990. El segundo y el tercer volumen de sus relatos salieron bajo el sello editorial del Fondo de Cultura Económica: *El coronel que asesinó a un palomo y otros cuentos*, en la colección Tezontle, 1952 y *Libertad obligatoria*, con prólogo de Mauricio Magdaleno en la colección Letras Mexicanas en 1967.

La revista *Hoy* (1937-1943) dirigida por Regino Hernández Llergo reúne en sus páginas plumas tan importantes como las de Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Jorge Cuesta, José Vasconcelos, Bernardo J. Gastélum y Rubén Salazar Mallén cuya filiación

⁵ Vid. *El cuento hispanoamericano. Antología crítico-histórica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964. 559-561.

⁶ *El sur quema. Tres novelas de México*. México: Botas, 1937. // *San automóvil. Tres novelas*. México: Botas, 1938.

en torno a la revista *Contemporáneos*, primero y *Examen* —en el caso de Cuesta y Salazar Mallén— después, es indiscutible. Sin embargo la revista es fundamentalmente ecléctica; a pesar de mostrarse contraria al cobijo de la inmigración española del 39 tanto en editoriales como en artículos de fondo, recibe calurosamente entre sus colaboradores a Benjamín Jarnés. Es gracias a este afán de pluralidad que, al lado de Villaurrutia y sus comentarios sobre cine, aparecen los cuentos de Jorge Ferretis quien entrega a las páginas de la revista de Hernández Llergo las primicias de su narrativa breve. Doce textos en total ven la primera luz en *Hoy*, de ellos once fueron recuperados en los distintos volúmenes publicados.⁷ Con el título “La dicha de ser vaca” apareció el tercero de los cuentos de Ferretis en las páginas de *Hoy*; texto que, con ligeras variantes estilísticas, se convertiría en el más difundido y antologado de sus relatos bajo el título de “Hombres en tempestad”. Vale la pena reflexionar brevemente sobre este cambio. La ironía que conlleva el título original se transforma totalmente en el segundo y definitivo, que adquiere de inmediato un tono trágico donde antes se sugería una lectura de carácter fársico. Este tránsito entre la farsa y la tragedia redimensiona el carácter de los personajes porque en el segundo caso los sitúa en el centro de un mundo hostil e irredento donde el valor del hombre es prácticamente nulo ante la prioridad irrenunciable del bien material que garantiza la precaria existencia. Si lo leemos bajo la perspectiva del título original, en cambio, el punto focal se sitúa en el efecto catártico

⁷ Los cuentos publicados en *Hoy* son los siguientes: “El soñador de cerdos”, *Hoy* 35 (15 oct. 1937) : 25,27.// “Camino de fierro” *Hoy* 61 (13 abr. 1938) : 24-25, 66.// “La dicha de ser vaca”, *Hoy*, 68 (11 jun. 1938) : 22-23.// “La sangre del pan”, *Hoy*, 81.(10 sep.1938) : 36-37, 62.// “La risa del jumento”, *Hoy*, 102 (4 feb. 1939) : 49.// “El diablo hace ruido”, *Hoy*, 122 (24 jun. 1939) : 42-43, 47. // “Está verde la esperanza”, *Hoy*, 129 (12 ago. 1939) : 67-69.// “Tres hambres”, *Hoy*, 147 (16 dic. 1939) : 52-53.// “Los que viven del muerto”, *Hoy*, 149 (30 dic. 1939) :54-55, 57.// “Calenturita”, *Hoy*, 153 (27 ene. 1940) : 44-46.// “Una patada sublime”, *Hoy*, 156 (17 feb. 1940) : 54, 59.// “El vejestorio”, *Hoy*, 167 (4 may. 1940) : 56, 58. Salvo “La sangre del pan” que se publicó en *El coronel que asesinó a un palomo y otros cuentos* y el último que publicamos ahora, todos los demás aparecieron en *Hombres en tempestad*.

que deriva del absurdo de las reflexiones finales del tío Jesús a propósito de que la carne humana debería comerse y cotizarse en el mercado a precio alto, lo que impediría que se matara a los hombres con tanta ligereza. “Fantasía extravagante” como denomina Eric Bentley al meollo funcional de la farsa.

El cuento restante en esta lista de doce sufrió el escamoteo del tiempo, oculto entre la selva de tinta y papel. Lo damos a la luz ahora con el afán de completar la serie y rescatar del olvido una página más de la obra literaria de Ferretis.

En el cuento que aquí recuperamos, titulado “El vejestorio”, se escuchan ecos que parecen provenir de Micrós o de Clarín; tanto en Ferretis como en el mexicano autor de “El Pinto” y en el español de “Adiós Cordera” las pequeñas acciones cotidianas pueden encerrar actos heroicos o deleznable y el amor y la ternura triunfar en ocasiones sobre la mezquindad y la adversidad; la acritud hacia las injusticias sociales es evidente en los tres autores incluso a partir de la crueldad y del dolor, el propósito ético ocupa el lugar primordial.

El cuento de Ferretis posee esa corriente humana que hace del personaje central, don Antioco, un individuo que, como el Scrouge de Dickens, es capaz de recorrer a lo largo de la narración el sinuoso camino que va del egoísmo a la generosidad.

Frases certeras, contundentes, van definiendo a “El vejestorio” al tiempo que transcurre una anécdota sin sobresaltos que desemboca con habilidad en un clímax y un desenlace que sin ser inesperados contribuyen, sin embargo, a hacer del texto una pieza de inobjetable arquitectura cuentística.

LOURDES FRANCO BAGNOULS
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

El vejestorio

Jorge Ferretis

Era un cascarrabias. A pesar de sus setenta y siete años, tenía ímpetus para aborrecer a quienes le dijeran anciano.

Se llamaba Don Antioco; usaba el pelo encenizado y marañoso “a lo Schopenhauer”, y aun sin leer jamás a dicho filósofo, gruñía por todo. Hasta porque le recordaran a su hija.

—¡Ni porque murió la pobre la dejan en paz! ¡j! ¡yo no hubiera querido echar a nadie a este mundo!

Callaba un momento, y sin desenfocar los ojos del patio, donde cinco rapaces armaban voladora gritería, agregaba:

—¡Y pensar que mi hija, a su vez, había de echar al mundo ese infier-nito!

Como si fuera hecho adrede, la gritería arreciaba. Don Antioco fruncía con importancia la boca, con ademán de tragedia antigua se tapaba los oídos, y sin dejar de gruñir, desaparecía por una escalera. E iba a en-cerrarse en un cuarto que ex profeso le habían mandado a construir en la azotea.

Su único amigo era un halcón medio desplumado que vivía en una gran jaula. Don Antioco, en persona, le pagaba diariamente el precio de su libertad, con pedazos de carne cruda.

Desde años atrás, el viejo, metódico, sufría hacia las once de la mañana un leve remordimiento, por privar de horizontes al pajarraco. Pero si lo soltaba ¿quién lo acompañaría a él?, ¿quién lo entendería?

Y acababa gruñendo ante la jaula:

—Al fin y al cabo, mi suerte no es mejor que la tuya. Aquí me ves: esos de abajo —y señalaba hacia donde el ajetreo del caserón borbotaba inacabable— me tienen aquí, sin dejarme que vuele por el mundo.

Sin embargo, a pesar de su gesto fruncido, no dejaba de aparecer por la escalera, abajo, y meterse en todas las habitaciones. Y en todos los asuntos, si lo dejaban.

Del cuarto del viudo yerno, una tarde se le vio salir iracundo y gritón. Al verle así, con las antiparras en una mano, se podía pensar que hubiera descubierto alguna vieja carta bochornosa.

Pero en la otra mano trémulo, agitaba un libro, y se le empezó a entender lo que refunfuñaba:

—¡Vaya gustos! ¡Vaya gustos de... de... de redentores!

—¿Qué le pasa tío; qué le pasa? —le preguntó una señora afable, como de cuarenta años.

—¡Mira! —y le entregó una Biblia desencuadrada, señalándole un pasaje cegatonamente.

Era el párrafo en el que Jesús decía:

“Dejad a los niños venir hacia mí”.

—Yo ya lo había oído decir— agregó el viejo, y se alisaba el cráneo con su gran pañuelo, sobre las tenues canas, —yo ya lo había oído decir, pero no quería creer que siendo inteligente, tuviera semejantes gustitos ¡jjj!

—Pero tío...

—¡Qué tío ni qué santas biblias! ¡Yo estoy seguro de que esos demonios —y señaló como si con el dedo quisiera fulminar a la chiquillería del patio— han sido siempre lo mismo de chirriadores y desesperantes.

—Mire que son hijos de su hija, tío...

—¡Pues en mala hora los echó al mundo! ¡Estoy seguro de que a Jesucristo se le trabó la lengua en ese pasaje! Él tiene que haber querido decir como yo: ¡Dejad que los niños se larguen de aquí! ¡Que se larguen! ¡Queee see laaarguen!

Los chicos azoradamente, hasta aplacaron su algarabía y vieron cómo, una vez más, el abuelo se perdía por su escalera.

A pesar de todo, los de abajo nunca se molestaban con él. Los nietos tenían prohibido asustarse entre sí con la exclamación: “¡ahí viene el viejo!”. Y con excepción de la servidumbre (a escondidas) nadie se mofaba de sus escenas.

—Está enfermo —explicaba en respetuosa disculpa el viudo de su hija—. Quizás alguna úlcera en el estómago... Fue un hombre que sufrió y luchó demasiado.

—Pues a su edad —dijo una hermana del yerno que era la que menos lo toleraba— a su edad, por el contrario, es cuando los hombres se vuelven más dulces, más...

—¡Ah! —la interrumpió su hermano—; pero es que tú no sabes de las fatigas amargas. Tú no sabes que hay destinos de rapiña que persiguen a ciertos hombres, destinos de rapiña más grandes que aviones. Y parece que espían a sus hombres por la existencia, para echárseles encima en cualquier ocasión, y destruirlos a aletazos. Sí hermana; hay quienes sufren en cincuenta años lo que no sufrió toda una ascendencia en tres siglos.

Ante la decidida estimación del yerno (que era, además, el señor de la casa) ya nadie lo veía con malos ojos. Varias veces le habían ofrecido llevarle sus alimentos a su cuarto de arriba, para evitarle molestias. pero había respondido dramáticamente, arguyendo que lo querían excluir.

Así, al día siguiente de su enojo por lo que decía la Biblia, allí estaba de sobremesa. Y sin que para los demás viniese al caso, meneo la cabeza y repitió:

—¡Vaya gustitos! Por mi parte no estoy para semejante sacrificio. ¡No nací para que me crucifiquen!

Las personas mayores sonrieron, y él, entre bromas y veras, siguió urgiendo a los cinco chiquitines:

—¡Ale, ale! ¡Ya pueden largarse a retozar!

Y él también, una vez más, desapareció.

El médico de la familia aumentaba el habitual disgusto, con su sola presencia. Le repugnaba, e invariablemente lo hacía desaparecer por su escalera, hablando solo:

—¡Ocurrencias! ¡j! ¡Dizque medicinas para el mal genio! Es lo único que tengo mío... ¡completamente mío! ¡Y hasta esto me quieren quitar! ¡j!

Y después de dar muchos pasos sin ton ni son, con las manos cogidas por atrás, proseguía monologando:

—Ese de abajo me quitó a mi hija. Me la enamoró y me la robó. ¿Y para qué? No más para dejarla morir con un diablejo en el vientre. ¡Para eso sirven los niños! ¡j! ¡Dejadles acercar! ¡Cómo no, Jesucristo, cómo no! Pero si tú los hubieras tenido que parir, como mi hija... ¡j! Hazte de cuenta que la cruz la hubieras llevado por dentro...

Blasfemaba un poco más, exacerbado por el recuerdo de la tal hija difunta, caminando por las azoteas. Después de mucho rato, suspiraba, se chupaba la boca, e iba a pararse frente a la jaula.

—A ti y a mí —dijo una vez al halcón— nos hace falta un Plutarco.

El halcón desplumado lo escuchó ladeando la cabeza, con los ojos muy fijos, y el viejo continuó:

—Tú no sabes quién fue Plutarco, ¿verdad? Bueno, pues yo tampoco; pero dicen que fue uno que sólo se ocupaba de escribir Vidas Paralelas.

El halcón lo miraba con más interrogativa insistencia, y él tuvo que seguirle explicando:

—Tú y yo vivimos paralelamente. Mira: los dos somos huraños. Nos dan de comer aquí, pero no nos dejan volar por la vida ancha, ancha. A los dos se nos enfrían cada día más los huesos. ¿A ti no te rechinan los huesos?

Pasaron unos meses. El médico creía que sus medicinas obraban maravillosamente. ¿No lo notaban un poco menos enojón?

Don Antioco, desde su cuarto de la azotea, no hubiera podido imaginar que abajo se reunieran hombres que lo envidiaban. (Al menos, charlando.) Observaban cómo, gradualmente, él recobraba el derecho a ser ilógico. Lujo que sólo podían darse los niños, los tiranos o los viejos inútiles y mimados.

El caso era que en verdad, en las últimas semanas parecía menos enojón. ¿Medicinas? ¡Bah! ¡Medicinas! Sólo don Antioco "sabía su cuento". Lo que pasó fue que soñó con un hombre muy claro, que le decía:

—Cuidate Antioco... Es más hermosa la cara de un perro jovial, que la de un hombre hosco... Cuidate.

Generalmente, los sueños se le olvidaban en cuanto se ponía los pantalones y la chaqueta. Pero aquel no. Al contrario, aquellas palabras se le habían pegado como cáscaras de higo dulce en las concavidades del cráneo. Muchos días después, aún las repetía.

A mayor abundamiento, cayeron en sus manos unas hojas de periódico.

—Esto interesa mucho a mis antiparras— solía decir cuando encontraba algo que le merecía atención.

Era un fragmento de la biografía de Eugenio Nobel. Empedernidamente viejo, se lamentaba de no tener amigos con los que fomentar el buen funcionamiento del corazón, ni enemigos para fomentar el del hígado.

Y Don Antioco quiso parecer jovial, por principio de cuentas, al hálcón. Le empezó a hablar como con voz de melaza. El gran pájaro cerraba los ojos redondos, como si no lo escuchase. Pero otro día, en pleno ejercicio de generosidad, le abrió la jaula. Mucho lo había apenado la idea de que su desplumado amigo lo abandonase. Quedaría completamente solo en aquel caserón, lleno, abajo, de bullicio. Sin embargo, aquel garrudo amigo tenía derecho a la libertad.

Lo hizo salir de su encierro.

El pájaro, torpe, dio unos grandes saltos por los pretils, mirando hostilmente en torno. Si en lugar de su cortante pico, hubiese tenido boca de hombre, quizás hubiese exclamado: Antioco, me atrapa el cielo...

Y ante el pasmo del viejo, en vez de sacudirse y ganar el infinito, volvió a saltar, larga y muellemente, hacia su jaula. ¡Y entró! Y acomodándose en su barrote, enjutando sus alas, miraba con recelo a su libertador y al vacío...

Antioco no dijo una palabra. Más de una hora se quedó sentado en un pretil, meditando: En verdad, a él tampoco lo retenían por la fuerza en aquel caserón, en cuyas azoteas existían ellos dos. Dos huérfanos desconocidos de Plutarco.

Pesadumbre y luz de sol lo atolondraban. Lo atolondraban a tal grado, que de pronto no se dio cuenta de que a dos o tres metros se desliza-

ba Ferruco, enjutándose como si quisiera ser invisible. Ferruco era el más valeroso de sus nietos. Tanto, que a pesar del temor que él les inspiraba, subía en busca de una pelota que se les escapara por las azoteas.

Cuando el chiquillo se sintió descubierto en los dominios del ogro, ni siquiera supo balbucir una disculpa. Pero no gritó. Susto y estoicismo lo tuvieron unos momentos petrificado allí, mientras se le aproximaba el espantajo.

Y al viejo le dolía la cara, con la angustia de no poder “fabricar” pronto una sonrisa que regalar al chiquitín. Era como si de entre sus rugosidades se quisiera sacar algún bombón.

Logró sentir su rostro alumbrado, como si de alguna parte le enfocaran un reflector de jovialidad. Y en la cara de Ferruco se fue borrando la expresión de miedo.

Así comenzó su amistad con la nietería. Porque aquella vez, el chiquillo bajó con sorpresa, garantizando a sus hermanos que el viejo “no hacía nada”.

Y no sólo no era tal ogro; sino que después les hacía señas, invitándolos a subir a sus azoteas.

A los pocos días una de las sirvientas descubrió que él se robaba las galletas.

—Sí señora, le digo a usted que con estos ojos lo he visto.

—Bien, Dorotea, pero no llame usted a eso un robo. El señor puede tomar de la despensa lo que guste.

—¡Hum! El caso es que si una no chisnea ¡después la culpan a una!

Antioco en verdad se llevaba las galletas. Y le servían para inducir a Juanillo, el más pequeño, a aventurarse escaleras arriba.

—Es que tengo miedo —confesaba el chiquitín.

—¿Miedo? ¿Pero miedo a quién?

—Pues...Pues al halcón...Y a usted...

Pero Antioco ya sabía sonreír. Ya había recuperado aquel don. Y con risas y galletas, logró persuadir al nietecillo más azorado. Porque al viejo le iba naciendo de las manos una necesidad de palpar cabecitas alborotadas. De aquellas que se habían gestado en el vientre de su hija, y que de su carne habían sorbido luz, para todos aquellos ojillos vivarachos.

Con el halcón, ya sus pláticas eran otras:

—Pobre amigo: con esa boca tan dura que tú tienes, nunca vas a aprender a sonreír. Y si yo tuviera que tratar sólo contigo, mi boca hubiera acabado volviéndoseme de hueso como la tuya. Pobre amigo.

Mientras, abajo, todos comentaban la transformación. Y la sirvienta más supersticiosa se comenzó a alarmar.

—Cuando un señor así de viejito y malgeniudo, le entra tan raro buen humor, es que le andan cerca los aletazos prietos.

—Calla, mujer: son las medicinas...

—¡Hum! ¡Las medicinas! Ya verá, señora...Ya verá.

La nietería, entre tanto, seguía de sorpresa en sorpresa. Ya ninguno de los cinco chiquitines habría querido cambiar aquel Papá Antioco que acababan de descubrir por el más maravilloso juguete. Ningún otro juguete habría que contara cuentos; que guardara canicas; que produjera galletas como por encanto; que riera sin que le hicieran cosquillas; que se disfrazara de ratón gigante, y que en los apuros, se transformara en defensor de menores. Un defensor tan eficaz, que no había quien tocara a un diablillo de aquellos que se acogiera a su protección.

Pero el hallazgo duró poco. Unos meses. Y una tarde, ante el lloro más límpido de aquellos ojos, el abuelo escapó del caserón. Antes de ponerse frío todavía pudo repetir:

—Es más hermosa la cara de un perro afable...que la de un hombre hosco...

Y se quedó risueño a pesar de lo difunto.